

# Carlota Carvallo: en los albores de la Literatura infantil peruana

por Andrés Armas

Desde la aparición de *Juguetes* (1929)<sup>1</sup> de Alida Elguera, hasta los bellos libros álbum que atiborran las librerías de hoy; la literatura infantil en el Perú ha pasado por diversas y numerosas etapas. A través del tiempo, fueron distintos los nombres que desfilaron y contribuyeron a desarrollar una literatura infantil de carácter nacional: Angélica Palma, Rosa Cerna, María Wiese de Sabogal, José Portugal Catacora, Oscar Colchado Lucio, Francisco Izquierdo Ríos. Autores que dedicaron parte de sus vidas a debatir y desarrollar la labor literaria en torno al niño lector.

A pesar de ello, Francisco Izquierdo Ríos señala en su libro *La literatura infantil en el Perú* (1969) que, en sus inicios, la literatura para niños que se hacía en nuestro país «salvo contadas y vigorosas excepciones, se consagra a imitar efímeras modas literarias importadas del exterior» (1969, p.19). ¿A qué se refería el autor saposoino con esto? Pues que el exceso de moralejas y didactismo entorpecía una literatura con motivos nacionales. Por lo tan-

to, se intentaba lograr la integración de una literatura que interpretara al Perú; desde sus bases, es decir, desde su literatura infantil. Y, en un país mestizo como el nuestro, rico en cultura y tradición folklórica, la imitación debía dejarse de lado para afianzar una literatura de identidad nacional.

En ese orden, la aparición de *Rutsí, el pequeño alucinado* (1947) de Carlota Carvallo contribuyó a renovar la dirección hacia dónde pretendía movilizarse la literatura dirigida a niños en el Perú. Es decir, hacia el asentamiento de una base autóctona. La novela nos narra las pericias de un geniecillo amazónico que, con un estilo sencillo, pero no por ello menos bello, describe la geografía física y social de nuestro país; acompañando la narración con leyendas, relatos, historias y mitos de las tres regiones de nuestro país:

Pues bien, si los conocéis, si vuestro oído puro como el de un niño no ha sido aún contaminado por la palabra del hombre, si vuestro corazón sencillo ha podido acercarse a la naturaleza y a la vida en sus más elementales y primitivas formas, quizás conoceréis a Rutsí

uno de los traviesos espíritus de la selva. (2009, p. 6).

Así pues, *Rutsí*, se convierte en el primer atisbo de una prosa limpia y sin ornamentos innecesarios. Que hurga también en temas profundos de la naturaleza humana. Temas en los que la mayoría de escritores no solían ahondar debido a su índole, aparentemente, sesuda. Pues se solía pensar, erróneamente, que los textos para niños debían tocar solamente temas superficiales y de carácter pedagógico.

Pero, ¿quién se encontraba detrás de esta suerte de aparición presagiosa dentro de las letras peruanas? Carlota Carvallo de Núñez (Lima, 1909-1980) —“Cota” para los que la conocieron— fue una escritora, artista y compositora que

[INOLVIDABLES OVLIDADOS]

*Andrés Armas* es bachiller de la carrera de Lengua y Literatura en la Universidad Nacional Federico Villarreal. Ha colaborado en revistas de su país y del extranjero. Actualmente, es redactor y columnista cultural del diario *El Progreso*. Este año publicará su primer cuento: "El canto del mirlo".

se distinguió, sobretodo, por sus cuentos e historias para niños. Su producción abarcó los distintos géneros literarios, incursionando inclusive en el teatro y la poesía. La claridad y sencillez de sus historias la afianzaron como una portavoz de su época en lo que refiere a textos dirigidos para niños.

En su primera etapa académica, estudió en la Escuela de Bellas Artes de Lima, teniendo como maestro a José Sabogal. Hecho que, al decidir enfocarse por completo en la literatura, le sirvió para ilustrar sus primeros libros: *Rutsí*, el pequeño alucinado y *El pájaro niño* y otros cuentos. Recordemos que, en las primeras décadas del siglo XX, el influjo del movimiento indigenista, liderada en la literatura por José Carlos Mariátegui y en la pintura por José Sabogal, influyó directamente en los escritores y artistas que empezaban a plantearse una revaluación de un arte autóctono. Y es que Sabogal, al igual que Mariátegui, compartían el mismo ideal: “peruanizar al Perú”. Por lo que resulta inequívoco la influencia indigenista que tuvo Carvallo al momento de construir su obra literaria. La generación literaria de Carvallo heredaría las preocupaciones de los indigenistas de la década del 20, motivando una “literatura de raíces populares y nacionales” (Tamayo Vargas, *Literatura peruana* vol. 2, 926). De ahí que, *Rutsí*, pasee al lector por las tres regiones geográficas del Perú: mostrando las distintas creencias, costumbres y regionalismos presentes de cada lugar. Como lo hace con el territorio amazónico al empezar el segundo capítulo de la novela:

La pequeña canoa se deslizaba suavemente; *Rutsí* estaba diestro en el manejo del remo. Los curiosos peces asomaban sus cabecitas del agua para observar al desconocido viajero. Los alegres monitos chillaban burlones

sobre las hojas de las palmeras; los hualos, gigantescos sapos, croaban fuertemente; se oía el monótono canto de los grillos y mil gritos diversos rompían el silencio de la selva. (2009, p. 17).

Así, con esta primera publicación, Carvallo impulsó una literatura infantil autóctona, que se desarrollaría más adelante con sus demás publicaciones: *El pájaro niño* (1958), *El arbolito y otros cuentos* (1962), *Cuentos fantásticos* (1968), *Cuentos de navidad* (1970) y *El Amaru y otros cuentos* (1976) que editaría junto a su hija, Rosario.

En una entrevista para el diario *El Comercio*, Carvallo reflexiona sobre el cuento:

Creo que el cuento desempeña un papel muy importante en la educación. Los héroes que alimentan la fantasía del niño deben de surgir de su propio ambiente y no de literaturas extranjeras. [...] Tenemos en nuestro rico folklore magníficos elementos aún explorados (Heflin, 1991, p. 11).

Como se mencionó con anterioridad, Carvallo no solo movilizó su literatura a través del cuento. También incursionó en el teatro infantil, y modelaba ella misma sus propios personajes en títeres. En una entrevista con el diario *La Crónica*, Carlota Carvallo confiesa que empezó en este género para deleitar a los amigos de sus hijos. Entre algunas piezas encontramos a su famoso *Oshtha* y el duende, como también *La tacita de plata*. Estas piezas teatrales han sido reunidas bajo el nombre de *Teatro para niños* y fue publicado en el año 2015 por Ediciones SM.

Como vemos, su labor —dentro del corpus bibliográfico de la literatura infantil en el Perú— ha sido importante. Situándola junto a Francisco Izquierdo Ríos como colosos

dentro de esta rama de la literatura peruana. La contribución de Carvallo a la literatura infantil sobrepasó el territorio nacional. Contribuyendo con revistas del extranjero y recibiendo numerosos premios nacionales e internacionales. Al fallecer, dejó una gran cantidad de textos sin publicar: «130 cuentos para niños; 30 obras de teatro infantil; 40 canciones infantiles» (Heflin, 1991, p.27). Y es necesario la reedición de algunas de sus obras que se encuentran inexistentes en librerías y bibliotecas. Pues su obra, ambiciosa para la época, diversificó la literatura infantil a distintos géneros que habían sido poco explorados para la época. Exigiendo, a su vez, una elevada calidad artística dentro del quehacer literario en torno al niño lector:

Se ha llegado al convencimiento de que la buena literatura infantil no es solamente un pasatiempo sin importancia, sino una verdadera necesidad, que en algunos casos puede tener categoría artística, considerándola como una modalidad de la gran literatura (1967, p.1).

## Bibliografía

Carvallo, Carlota. (2009). *Rutsí, el espíritu de la selva*. Ediciones SM S. A. C.

Carvallo, C. (1967). *El papel de la Literatura Infantil*. Colección el niño del Perú, volumen 9. Consejo Nacional de Menores.

Heflin, David (1991). *La contribución de la cuentística de Carlota Carvallo a la literatura infantil peruana*. [tesis de doctorado, Universidad de Texas]. <http://hdl.handle.net/2346/19707>

Izquierdo, Francisco (1969). *La literatura infantil en el Perú*. Lima: Casa de la Cultura del Perú.

Tamayo Vargas, Augusto (1976). *Literatura peruana*. 2 vols. Lima: Librería Studium Editores.



“ LA POBRE TORTUGA HACÍA ESFUERZOS  
DESESPERADOS PARA VOLTEARSE  
NUEVAMENTE, PERO ERA TAN PESADA  
QUE NO LO CONSEGUÍA”.



# La tortuga

por Carlota Carvallo

**P**edrito y su primo Pablo pasaban unas vacaciones a la orilla del mar. Una tarde fueron a ver a los pescadores que volvían en sus barcas. Lo que más les llamó la atención fue una inmensa tortuga. Los pescadores la habían puesto boca arriba para que no se pudiera escapar. Tendría que quedarse toda la noche en un pequeño muelle hasta la mañana que vendría un camión para llevársela a la ciudad. Allí sería vendida a un buen precio, según dijeron los niños.

La pobre tortuga hacía esfuerzos desesperados para voltearse nuevamente, pero era tan pesada que no lo conseguía. Pedrito se compadeció de ella y preguntó si no se la podrían vender. Pensaba comprarla para darle libertad. Pero los pescadores le dijeron que no tendría dinero suficiente para comprarla y que además hablaba así porque nunca había probado lo deliciosa que es una sopa de tortuga. Pablo le explicó, entonces, que, según decían, la tortuga tenía el sabor de siete carnes. Mas Pedrito no le escuchaba. Estaba muy apenado de ver a la tortuga en tan incómoda postura y no pensaba sino en hallar la manera de liberarla.

Esa noche no pudo dormir, y los raros momentos que conciliaba el sueño soñaba con la tortuga.

A media noche se levantó. Abrió la puerta de la casa con mucho cui-

dado, tratando de no despertar a nadie. Después de asegurarse de que no lo veían corrió a la playa. Llegó al muelle donde los peces estaban ya acondicionados en grandes cestas para llevarlos a vender en la ciudad. Allí también estaba la tortuga con las patas hacia arriba.

Por suerte, el guardián que vigilaba ese lugar se había quedado dormido. Trató de mover al animal, pero éste era muy pesado. Iba a volver a su casa, descorazonado, cuando notó que un hombrecillo lo estaba observando. Parecía un viejo marinero y tenía una barba blanca. Pedrito quiso correr asustado, pero el viejo lo detuvo.

—Sé lo que quieres hacer y te voy a ayudar —le dijo.

Y tomando la tortuga entre las dos manos, la puso boca abajo, como si hubiera sido más liviana que una cáscara de huevo.

Pedrito se quedó asombrado.

Entonces el viejo le dijo:

—Has sido un niño bueno, porque te compadeciste de los animales y voy a premiarte. Luego buscó en un bolsillo de su raído pantalón y sacó una cajita verde muy pequeña.

—Toma —le dijo a Pedrito—.

Este es un regalo que te hago. Si te pones un poco de este unguento que hay en la cajita detrás de las orejas, podrás entender el lenguaje de los animales.

Pedrito lo miró extrañado.

—Haz la prueba con la tortuga —añadió el viejo—. Una tortuga vive trescientos años. ¿Te imaginas todo lo que te podría contar? ¿Sabes tú lo que sus ojos han visto?

Y el viejo soltó una carcajada.

Pedrito quiso hablarle, pero con sorpresa notó que había desaparecido. Sólo estaba la tortuga que se iba deslizando hacia el mar.

Pedrito se dijo:

—No está demás que haga la prueba con ella. Veamos si me ha engañado el viejecillo.

Y se frotó el unguento detrás de las orejas.

Corrió tras la tortuga y le dijo:

—No te vayas todavía, amiga tortuga.

La tortuga lanzó un resoplido y le contestó claramente:

—¿Qué quieres de mí? Estoy apurada. Tengo que ver a mi familia.

Ya me han hecho perder bastante tiempo esos malvados pescadores.

—Sí, pero yo vine a salvarte. Ahora quiero pedirte un favor.

—¿Cuál es? —preguntó la tortuga ya impaciente.

—Quiero que me cuentes algo de lo que has visto en tus muchos años de vida.

—Yo solamente podría hablarte de las cosas que he visto en el mar. Pero tengo prisa.

—Todavía es medianoche. Tienes tiempo. Mucho antes de que salga el sol te podrás ir.

—¿Y qué quieres que te cuente?

—Una historia de piratas...

—Te contaré una muy extraña. Pero en cuanto haya terminado me dejarás marchar.

—Te lo prometo —respondió el chico.

Y la tortuga contó lo siguiente:

Hace tiempo, mucho tiempo, yo había elegido una pequeña isla del Pacífico para poner mis huevos, sin que nadie me molestara. Allí estaba muy feliz y tranquila cuando una tarde el mar se enfureció. Luego vi un hermoso barco que naufragaba cerca de la playa. Escondida tras de unas rocas vi desembarcar algunos hombres. Observé cómo transportaban varios cofres, los que supuse que contenían joyas y monedas. Comprendí que se trataba de unos piratas. Aquella isla estaba desierta. No había en ella señales de vegetación, ni tampoco un solo manantial que pudiera servirles para aplacar la sed. Todos aquellos hombres debían ser muy desconfiados. Se turnaban diariamente para cuidar el tesoro que estaba oculto en una cueva.

Una noche el capitán sorprendió a cinco marineros que trataban de alejarse a nado de la isla, llevando los bolsillos llenos de joyas. Estos hombres fueron severamente castigados.

Cuando las provisiones que habían podido salvar del naufragio se terminaron, su situación se fue haciendo desesperada. Desenterraron los huevos que yo había ocultado dentro de la arena y se los comieron ávidamente. También cogieron algunos peces. Pero ante el temor de ser traicionados no se atrevían a alejarse de la caverna. Vi cómo iban muriendo uno tras otro, de hambre y de sed. Al fin, cuando solamente quedaron dos de ellos acertó a pasar una embarcación que se ofreció a conducirlos al puerto más cercano. Ocultaron su condición de piratas y no hablaron a nadie del cofre que se hallaba escondido entre la cueva. Pero ambos tenían la secreta intención de burlar a su compañero y regresar para llevarse el tesoro sin compartirlo con nadie.

Un día los vi llegar en distintas embarcaciones. Echaron pie a tierra ansiosos de ser el primero en entrar a la caverna. Allí se encontraron frente a frente. Se retaron a duelo y cuando sus respectivas tripulaciones acudieron en su auxilio yacían ambos muertos sobre la arena.

—¿Y el tesoro?

—El tesoro permaneció oculto para siempre, porque yo, que era la única que lo sabía, guardé el secreto para castigar a los hombres su codicia.

—¿Y allí estará todavía?

—Seguramente —respondió la tortuga...— Y ahora déjame marchar. Ya cumplí lo prometido.

—¿Y no me dirá a mí cómo podría encontrar ese tesoro?

—Alguna vez volveré por ti y te llevaré...

Y sin esperar la respuesta del niño se dirigió hacia el mar.

—¡No te vayas, todavía! ¡No seas mala! —suplicaba Pedrito.

—¡Volveré... Volveré algún día! —murmuraba la tortuga, mientras se iba sumergiendo en las olas...

A la mañana siguiente, cuando el niño despertó recordó su aventura de la noche pasada. Más tarde le habló de ella a su primo Pablo. Pero éste le dijo:

—Todo eso ha sido un sueño. A la tortuga se la llevaron esta mañana temprano.

—Espera —dijo Pedrito. Voy a traerte la cajita...

Sobre la mesa de su cuarto encontró la cajita verde con el ungüento. Corrió a enseñárselo a Pablo.

—No puede ser un sueño —le dijo. Aquí está la cajita que me regaló el anciano.

Pablo soltó una carcajada.

Eso lo usa mamá para echarnos en las picaduras de los insectos.

—¿Y lo que me contó la tortuga de los piratas?

—Eso lo leíste en algún libro y lo has recordado en sueños —respondió Pablo alegremente.

Pedrito no contestó, pero toda aquella mañana estuvo muy preocupado.